
Sumario

<i>Fuera de sí, dentro. A modo de prólogo</i>	7
Según talante / (nota del autor)	17
 Círculo vicioso	21
El hogar.....	25
Lector.....	27
Nocturno	29
Simulacro	31
Desde otra perspectiva.....	33
Incendio provocado.....	35
Noche de verano en la ciudad.....	37
Buscando la inspiración.....	39
Elizabeth	41
Las niñas deliciosas	43
Hay humo en tu cuarto	45
Piso de alquiler	47
Billete de vuelta.....	49
Epílogo.....	51

El vino de los amantes	53
Con.....	57
El beso	59
<i>Suite</i> nupcial.....	61
Amanezco con ella.....	63
17 años.....	65
De noche, los domingos	67
Madriguera.....	69
<i>Amour fou</i>	71
Los pechos de mi novia	73
Fábula	75
Soneto en mí sostenido.....	77
En una biblioteca	79
El mosquito.....	81
Regresión	83
<i>Alter ego</i>	85
Yo.....	87
Día blanco.....	89
Paisaje	91
Bodegón.....	93

Nos han dejado solos	95
Principio y fin de la siesta	97
Ejemplos de lo que no te digo	99
Poética.....	101
Buenos días, noche.....	103
El milagro	105
Profundidad de campo	107
No me lo expliques.....	109
Silba	111
De amiga.....	113
Aire viciado	115
Final contiguo	117
Incompleto.....	119
Autorretrato	121
Idéntico a lo mismo.....	123
Otra vez esas hojas.....	125
Juegos florales.....	127
Fábula de terraza con cactus	129
Nubes: aproximaciones a lo que vi.....	131
I. Una visita.....	131
II. La naturaleza, su pánico al vacío	132
III. Letargo	133
La rueda	135

Presente.....	137
Andare	139
I. Fieles a la tradición, infieles al presente.....	139
II. El interno retorno	140
III. Hogar	141
Sin equipaje.....	143
Nunca del todo	145
Nos han dejado solos.....	147
 Hierba en los tejados	 149
Día.....	151
No tengo casa.....	153
Semilla de diente de león.....	155
Un fósil de alta infancia.....	157
Fábula del árbol-liebre	159
Algo sabe ese búho	161
Un ramo de raíces	163
Primer adiós a uno de los míos	165
Hipótesis	167
Fábula del escarabajo	169
A la vuelta recogeré el camino.....	171
De la evolución de las especies.....	173
Fábula de mis ojos.....	175

Génesis.....	177
Limbo	179
Lágrima de San Lorenzo	181
I. Cabeza	181
II. Cuerpo	182
III. Cola	183
Que alguien se lo diga	185
Voy dejando que me suceda.....	187
Lo mejor de mí.....	189
Esa es nuestra nube	191
Naturaleza viva.....	193
Del buen apetito	195
Postal rota con mujer en pedazos.....	197
¿No escuchaste el silencio?	199
De sus mudanzas.....	201
En su azotea	203
Canción mientras me alejo en tren	205
El monstruo y la muchacha	207
Fábula mientras me acerco en tren.....	209
Siempreniño.....	211
Porno casero.....	213
Tras la cortina de árboles	215
Nota a pie de día	217

Criaturas del momento	219
I. NIDO DE MANO	221
Una fábula del tiempo	223
Buenos días a los pobres.....	226
La poda	229
Nido de mano	230
Dos cuencos de sopicaldo	232
Se agita y duerme.....	234
II. EL GRAN DERROCHE... ..	235
No sé por qué nací concretamente yo... ..	237
Si estaba planeado... ..	238
Porque el presente entraña otros presentes... ..	239
Me inmutan las arañas: ocho dedos... ..	240
Aún es pronto para morir... ..	241
Y hay un misterio más... ..	242
Por lo demás, los muertos olvidan pronto... ..	243
Cuando alguien muere, mueren... ..	244
Eternamente antes... ..	245
Miro el cielo nocturno... ..	246
III. INTERVALO SIDERAL	247
Náufragos	249
Constelación Indio Triste.....	251
IV. CAÍDAS, PEQUEÑOS VUELOS	255

Unas lentes de aumento y un cuerpo que no está	257
Cuánto me gustaría.....	259
Cuánto le gustaría.....	260
Cabeza envuelta en aire.....	261
Caídas, pequeños vuelos	263
No sé nada, luego sé	265
Sueño con acacia.....	267
V. UN LUGAR EN EL MUNDO.....	271
Aconsejo beber agua	273
Pura fe	276
La naturaleza no ha acabado	278
Del desierto	280
Tótem.....	282

Fuera de sí, dentro. A modo de prólogo

Decía Gaston Bachelard que la “poesía primitiva debe crear su lenguaje. La ensoñación poética misma se convierte gracias a ella en una ensoñación sabia, incluso en una ensoñación escolar. Uno debe desembarazarse de los libros y de los maestros para llegar a la fundación poética”. En ese impulso primitivista que se cruza con cierta sabiduría infantil puede reconocerse una de las búsquedas más singulares de la poesía de Rafael Espejo. A ella se suma, ya desde sus primeros libros, un amor orgánico y vitalista que se desbordará en *Nos han dejado solos*: “Y no soy yo quien habla / sino la voz del mundo, / que se sirve de mí para aliviar // tanta ley física, / tanta contingencia”. Organicismo vitalista que después transitará al resto de los objetos de su atención amorosa. A la manera de Simone Weil, Rafael Espejo practica la atención como un modo de amor. El poema es su forma y su tiempo doble: el tiempo circular del *amor fati* (¿no hay en el título de esta poesía reunida un guiño al círculo primero?) y el tiempo del instante (“de un tiempo que no pasa, / de un tiempo que tampoco se detiene”). En *El vino de los amantes*

leemos: “Por quedarme contigo (...), / renuncio a un cielo. // Se detenga aquí el tiempo, / se repita a sí mismo y así mismo, / se contenga el modesto paraíso / de sombra y bisbiseos”. La poesía, dijo también Bachelard, es una metafísica instantánea.

La escritura de Espejo nació en sus primeros poemarios carnal y desenfadada, inscribiéndose en un lirismo sin complejos. Aquel eros dulce y amargo fue evolucionando hacia la meditación que eleva *Nos han dejado solos* y hacia el descaro existencial de *Hierba en los tejados*, que se adentra en los grandes temas renunciando al gesto erudito, convencido de que llega más lejos la inteligencia que parte del conocimiento sensible. En el poema “Nota a pie de día” escribe: “Otras veces renuncio y me conformo / con lo que hay: / los días me sonríen, / yo les sonrío a ellos, / vienen, luego se van. / Los contemplo y repaso la lección / como si fuese nueva”.

Con la infancia se cruza también la inscripción de su genealogía en la tradición de la fábula. Una fábula que no descansa en lecciones morales impartidas por bestias, sino tan solo en una forma primigenia de explicarse el mundo que comparte el asombro y su capacidad de vínculo con el relato infantil. Así, en *Criaturas del momento*, las primeras estrofas de “Tótem” tienen algo de adivinanza: “Si bien se eleva sobre los demás / y con viento aletea, / no es de aire. // Tampoco tiene escamas, / y las que tiene son de tierra

dura. // Nunca duerme, no rumia, / no piensa cuando silba. // Respira como un yogui / aspira a respirar, / escuchando la savia. // He aquí, pues, un árbol”. La contemplación –ese modo poético de atender– es una forma de apego y por tanto de reconciliación en la obra de Espejo. Una paz que llega sin pedir nada. Su curtida sencillez está impregnada de una rareza logradísima. Aunque sus poemas tengan mucho más de *entrañamiento* que de extrañamiento: quien mira participa, entrañándose en lo contemplado.

Lo infantil confiere también a sus últimos libros cierta espontaneidad del ser, pero sobre todo un repudio del desapego adulto. ¿No dicen que la poesía es un género de niños y de ancianos? Fundiéndolos en un solo apócrifo, Espejo desata en sus versos a un viejo niño sabio. Y ese niño es una maravillosa criatura criaturante que no deja de criaturizar. Aunque a veces lo haga con melancolía. Se diría que la conciencia implacable de la fugacidad ya estaba en sus primeros poemas, pero también estaba esa forma tan suya de atrincherarse en la infancia. Alguien que, a punto de cambiar de piel, salta al cuerpo del próximo niño, fraguando una serie de infancias sucesivas, hasta que el *siempreniño* se encuentra mirándole a los ojos a la muerte. Todos los niños son intensamente existenciales; los de Espejo parece que ya hubieran vivido. Sus fábulas cuentan un viaje cosmogónico que termina en el yo y también complementariamente la historia de una desposesión: la

de quien se entrega y huye, se encuentra y se pierde, disolviéndose en la materia del universo cotidiano: “Tal vez a cada paso me aleje más de mí, / tal vez me acerque”, dice *Hierba en los tejados*. En el aire flota siempre cierta esencia romántica, refractaria sin embargo a lo Absoluto. No hay nostalgia de infinito, sino constatación del organismo y de la vida como “materia convertible”: “¿dónde aguardaba / yo, / por qué me desprendí de qué absoluto? (...) ¿para qué sirve un cuerpo?”. Y si hay una falta, una ausencia, es la del amor, la del amante y, por extensión, la del mundo atendido. El amor se ha venido definiendo, desde Platón hasta Agamben, como una pulsión que se activa con la ausencia. Así, este ser desposeído parte de un yo incompleto (sujeto amoroso, no propietario sino inquilino del mundo, que hace hogar a la intemperie, fluyendo con el tiempo circular) para llegar a un yo transitivo y relacional (sujeto habitante en metamorfosis sintiente). “Porque yo, en realidad, no tengo nada / que ver conmigo mismo”, aseguraba *El vino de los amantes*. Desde esta confesión a la que se suma, en *Círculo vicioso*, el tiempo circular del inquilino, hasta la intimidad exógena del mundo que se habita (“Los árboles también son seres íntimos”), el sujeto poético es una comunidad de habitantes, un ser-ahí cotidiano, una *criatura del momento*. Rafael Espejo traza aquí una ontología relacional que identifica al sujeto con la vida y, por extensión, con todo lo demás.

Lejos de la metafísica, quien conduce a este sujeto abierto y vitalista es el cuerpo sexuado y la vida en todas las direcciones que nos vincula: “también yo soy planeta / valgo igual que una mosca, / que una encina, la lluvia”. Y, a imagen y semejanza de este sujeto que habita en una solidaridad de cuerpos, así el lenguaje poético: “en plena fuga de significados / con los ojos lo entiendo: / la existencia más pura es la del agua”. Ese lenguaje heredado es memoria de los otros, el reconocimiento de espacios que nos fueron otorgados como un don familiar: saber leer el bosque. ¿Una mística de lo cotidiano? ¿Lo sublime en lo minúsculo? Tal vez no, y lo que en buena parte de su poesía se perciba sea más bien un después de la mística o una mística inmanente: “Nada tan pleno como sentirse, / no conozco otra mística / más profunda que el tacto”. Así, no cuenta la noche del amor, sino el cosquilleo del día después, ese eco en el músculo que es la inscripción en nosotros de lo que sucedió, que se estremece todavía pero ya se piensa. A la manera de esos cuentos magistrales que comienzan cuando toda su historia ya ha terminado, los poemas de Espejo dan por supuesta la epifanía. La exaltación se elide. Y es en estos detalles y no en el desarrollo de la anécdota donde se juega lo narrativo.

Vivir es un hecho que trasciende y no necesita de lo extraordinario para conseguirlo. Rebajada con una suave ironía, hay en su búsqueda una herman-

dad con Szymborska, aunque tienda también muy nórdicamente al salto cósmico. Para lograrlo, el animismo de su voz desdibuja los límites entre lo humano y lo no humano, impregnándose del sensualismo dinámico de lo vegetal y de la respiración agitada de las pequeñas bestias. Clásicos, eufónicos, impecables, los poemas de Espejo avanzan sin ostentación, yuxtaponiendo ideas, imágenes, sucesos, o más bien pedazos de todo ello sostenidos por el silencio. Aceptan la vida en su plenitud intermitente. Hay algo que se desdibuja y vuelve a materializarse sin descanso, como si en su cielo con nubes —espectros de la naturaleza— hiciera mucho viento. Dice un poema de *Hierba en los tejados*: “Id pues al goce. / Yo prefiero esta vez hacer aros de humo / y deshacerlos, / ver desde la ventana / cómo despacio, / muy despacio / el paisaje se mueve”. En el poema “Bodegón”, de *El vino de los amantes*, la naturaleza muerta de un cuadro cobra vida a través de los hongos que brotan sobre la tela, discutiendo su estatismo, demostrando cuán imparables es el ciclo de la vida y desbordando el pendular vida-muerte. Como el jerbo de Marianne Moore, la poesía de Espejo encuentra la belleza de lo vivo en lo ínfimo y acaso despreciado, emparentándose lo humano con el animal que está siendo-siguiendo desde la saliva o el aliento al mosquito y el moho. Hay en la vida una continuidad de todos los seres y las cosas mundanas, continuidad metafórica o metonímica,

fuerza metamórfica: “un nido de mano”, la madre “mientras se convertía en la butaca misma”, una “respiración secreta, vegetal / oigo el musgo crecer sobre su pubis”. Una suerte de solidaridad con lo vivo a toda escala, una estética atenta a lo sensible y a la experiencia fenoménica: “Algo con insistencia está pidiendo / que me salga de mí si yo contigo”.

¿Pero adónde conduce esta solidaridad y atención amorosa a todo lo viviente? “¿Hemos llegado ya a la edad de los cuidados?”, se pregunta *Criaturas del momento*. La poética de Espejo, que venía constataando lo transitorio de nuestras vidas inquilinas en el mundo, dibuja ahora un hogar como los niños y las fábulas lo dibujan, con atributos de cabaña. Es esta una cabaña en la que se siente el afuera, la ventisca, la nieve cayendo sobre el tejado, el perro con reflejo de lobo, la soledad y el silencio que nos habita a su vez pero con un interior donde “está fuera de sí. Dentro”. Porque el habitante mundano sabe que ningún suelo es más seguro que el cuerpo de quien nos sostiene: “¿Cuál es nuestro lugar? / Tú eres mi lugar”. Paliativos contra el abandono: el cuidado hecho carne, el amor.

Asimismo, como parte de esta poética del cuidado, *Criaturas del momento* ahonda en una poética de la lentitud, ese ritmo revolucionario del terruño. El campo es ancho, dice el lugar común apuntando a sus horizontes inalcanzables, a lo inabarcable de sus

intemperies. Y, sin embargo, en el campo, hay algo mucho más ancho que el espacio: el tiempo. Quien allí se retira es un exiliado temporal. Así, la poética de la lentitud va trenzándose con un canto a la pereza y a una improductividad que es, hoy más que nunca, resistencia y cuidado. La inacción deviene en intimidad con el mundo. Frente a la multitarea y la hiperactividad, la contemplación amorosa y la inacción se revelan como ejercicios espirituales para entrenarse en la vida buena. El aburrimiento es, desde Benjamin y Heidegger, el punto álgido de relajación del alma, la condición necesaria para sostener el “don de la escucha”. Esa capacidad profunda de atención permite, en estos poemas, el asombro permanente por el ser así de la vida y de las cosas.

Se diría que, en la voz de Rafael Espejo, el canto epicúreo fue adensándose, sobrevino verdad en el tiempo. Ese mismo tiempo cuyo fin niegan la compulsión, la aceleración y el mandato productivo. La intimidad con el mundo fue convirtiéndose en un trato erótico con el paisaje (“se atraen en secreto, como todas las cosas”), hasta llegar a una intimidad otra: la que se tiene poco a poco con la muerte. Pararse implica casi inevitablemente mirar al abismo. Y sin embargo los poemas de Espejo parecen tocar la cara B del *tempus fugit*: no son un recordatorio amenazante de nuestro carácter pasajero, sino la constatación deleitante de un movimiento, el del mundo, que nos trasciende y al que también per-

tenecemos. Tampoco hay evasión en su retirada al campo, igual que no la hay en la poesía. Retirarse es dejarle espacio a lo que existe: para que entre. Y luego desaparecer, integrarse en una totalidad superior con una vocación trascendente más japonesa que judeocristiana. Hay mucho de doctrina zen en estos poemas, desde el entusiasmo por la plenitud del vacío hasta la paradoja mediante la cual todo lo hallas cuando lo pierdes. A la vuelta, el poeta recoge su camino como aquel monje errante que, después de dormir, borraba el rastro de su cuerpo sobre las sábanas o sobre el suelo.

Leer, libro tras libro, la poesía de Rafael Espejo revela su progresión de lo sentimental a lo filosófico, o quizás la imposibilidad de separarlos. Su escritura siempre estuvo conectada con los sentidos, con lo pequeño e inminente, con el instante y su materialidad, incluso en los momentos más existenciales. Al final de este camino hay un salto a las estrellas, “desde el jergón al cosmos”, concretándose así el anhelo de ser en nuestro ser. ¿Cómo existir sin caer en abstracciones?, parece preguntarse. ¿Cómo ser ese “alguien más concreto y más tangible” al que se acercan unos perros que “no esperan nada”, que son “Pura fe”? Y sin embargo hay una melancolía compasiva y risueña que reconoce nuestra incapacidad para abandonar la imaginación, para dejar de proyectarnos en lo que contemplamos, para ser “otro yo que imagina lo que veo”.

A la vuelta recogeré el camino reúne la poesía escrita hasta el presente por una de las mejores voces de la llamada generación del 2000. Desde los tempranos *Círculo vicioso*, *El vino de los amantes* o *Nos han dejado solos*, hasta los más recientes *Hierba en los tejados* y *Criaturas del momento*, seguir el rastro de esta voz es cartografiar el territorio que pisamos sin despegar los pies del suelo. ¿Quién es tu hogar? ¿De qué manera bulle tu amor en lo que cuidas? ¿Cómo inventar nuevas fábulas que desdibujen los límites entre contemplación y fantasía? ¿No logra el poema entrañarse en ese territorio desdibujado? Son tan solo algunos de los aros de humo que ha venido haciendo y deshaciendo con honestidad, con asombro y con belleza Rafael Espejo durante sus primeras tres décadas de poesía. Qué ganas de saber en qué andará su niño sabio.

ERIKA MARTÍNEZ y AZUCENA G. BLANCO

Según talante / (nota del autor)

Para el poeta, reunir una obra publicada a lo largo de media vida puede resultar una mera tarea administrativa o un propósito formidable.

Si se da por bueno todo lo dicho, bastarán unos días para preparar el archivo y entregarlo a su editor; si, por el contrario, se opta por repasar minuciosamente todo lo dicho, esos pocos días pueden convertirse en largos, lentos meses.

Doy fe de esto último
y confieso que a punto he estado de desistir.

Cada duda que creía resolver activaba otras tantas más complejas, intrincadas, conflictivas.

Se reproducían de manera exponencial
y empezaron a resultarme inabarcables.

Algo así como un hombre solo mirando el mar con la intención de corregirlo.

Digo *solo* porque si pedía opinión a los amigos, un coro griego me repetía «no te traiciones, no te traiciones».

Me aconsejaban que permitiese a los lectores asistir a mi evolución a través de los libros tal y como los concebí en su día.

¿Pero de qué les estaría privando, de las torpezas de un aprendiz sobreexcitado?

Qué ganaría robándole tiempo a nadie con ciertas piezas de estilo que, más allá de un certificado de época, no aportan literatura.

Quiero decir: me ha resultado inevitable enmendar mis dos primeras entregas.

Quizá con los arreglos de estos meses se pudiera molestar íntimamente el autor original,
pero ocurre que ese muchacho ya no está,
y yo soy su legítimo heredero.

En *Círculo vicioso*, dada su extrema brevedad, he optado por no suprimir ningún poema.

Sí he limpiado con cuidado, procurando no contaminar de mis gustos actuales

el espíritu que se me ha manifestado con viveza al regresar, treinta años después, a esos papeles.

Si algún don tiene ese poemario, es el de la ingenuidad.

Lo he respetado.

Y juro que en la versión que presento aquí se expresa mejor lo que quería ser revelado a una edad en la que

aún no tenía ni la experiencia vital
ni el bagaje lector
ni las herramientas de escritura indispensables.

Con *El vino de los amantes* he sido menos compasivo.
En una poda severa he sacrificado hasta diez poemas
que, leídos ahora, con gafas, ya no funcionan.
Estaban malheridos de simbolismo.
De lágrimas estéticas.

Y, claro, retirar esos textos me ha obligado a reestructurar
la estrategia del conjunto.

Sea.

También he aprovechado la ocasión para aliviarlo
de citas que respondían, me temo, a una pulsión
exhibicionista.

Curado ya de juventud,
opino que la admiración va por dentro.

Habría que hacerse cargo cuanto antes de que la poesía
es un monólogo milenario de la humanidad; para qué
insistir, entonces, en quién dijo qué y dónde. Se trata
de tomar la voz y luego pasar el turno.

En el resto del volumen apenas he aplicado unos
mínimos reajustes, probablemente inapreciables para
quien no sea yo.

Dicho lo cual, esta es la versión de los libros (y de los poemas) que doy por definitiva.

A día de hoy.

(Algodonales, julio 25)

El hogar

Las manos agrietadas de mi padre,
su irritante prudencia, sus consignas
innegociables durante el almuerzo
(*eso, nene, ni es música ni es nada*),
esa paciencia de la abuela absorta
con el punto de cruz, en plena siesta,
las largas noches tórridas de julio
echados en el patio,
el perfume a lejía como fondo
de los sueños de infancia, la humildad
de las habitaciones que dejaron,
poco a poco, de ser tan espaciosas,
las disputas triviales con hermanas,
el vaho del brasero en la salita,
la lágrima que cada Nochevieja
disimula mi madre.

Es la amable rutina de otro tiempo,
o una ilusión del todo convincente.

Lector

Me insufla sus palabras desde versos
que muy probablemente no escribió para mí.

Confieso que le robo
ese niño que está siempre esperando
que lo abracen, el mismo
que admira el firmamento
sin la necesidad de comprender;

me intuyo en la distancia cuando suenan,
a mitad de un insomnio,
los latidos serenos de una madre;

o unas ramas de almendro
y el niño que las trepa, dispersando
a conciencia su risa,
fingiendo un poco incluso
para verse feliz en la memoria,
para dorar la vida por contraste
cuando esté viejo y solo...

Me importa poco el niño.
Ignoro su materia.
Pero algo he aprendido: que es posible
adoptar otra infancia
tras agotar la propia.

© del texto: Rafael Espejo, 2025
© del prólogo: Erika Martínez y Azucena G. Blanco, 2025

© de esta edición:
Milenio Publicaciones S L, 2025
Calle Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (Catalunya)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición: diciembre de 2025
ISBN: 978-84-19884-96-1
DL L 894-2025
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.